

La Historia Social *más allá del giro cultural*: algunas reflexiones.

Beatriz I. Moreyra

(Conicet, Centro de Estudios Históricos *Prof. Carlos S. A. Segreti*, UNC.)

El objetivo de esta contribución es reflexionar críticamente sobre los recorridos de la historia social contemporánea y lo primero que quisiera expresar es que opté por visitar algunos lugares, sacrificando otros, de modo que habrá ausencias dentro y fuera del recorrido seleccionado.

Contemporáneamente, existe una especie de consenso acerca de que este no es un buen momento para ser un historiador social. En efecto, parece que la historia social está transitando un largo período de descenso que comenzó a principios de la década de los '80 y que tal vez no haya tocado aún fin. En este sentido, la situación de los historiadores sociales difiere totalmente de la imperante alrededor de 1970 cuando el prestigioso historiador británico Eric Hobsbawm hizo su famosa proclamación de optimismo sobre los alcances explicativos de la historia social, entendida como el estudio de las totalidades sociales. En esta misma perspectiva, en Alemania, en la actualidad, nadie caracterizaría la historia social como lo hizo Hans Rosenberg en 1969, cuando con ironía y simpatía, afirmaba que la historia social se había convertido en un código impreciso para todo lo considerado deseable y progresista en la historiografía alemana occidental.¹

Por el contrario, durante los últimos veinte años, tales pretensiones parecen diluirse y la historia cultural comienza a superar a la historia social en ese “estar de moda” hasta convertirse en lo que Lynn Hunt describió como una práctica historiográfica hegemónica.²

La popularidad decreciente entre los investigadores, los estudiantes y en el público en general, obedeció a los crecientes desafíos a las visiones de la historia social desde afuera, a las dudas internas cada vez mayores sobre los principios básicos del pensamiento socio-histórico y a la fragmentación con la consiguiente pérdida de la identidad.³

Esta coyuntura historiográfica, en la que unos pocos historiadores se proclaman a sí mismos como historiadores sociales y en que la historia social ha salido de los dolores del nacimiento y entrado en una fase de cierta madurez, es propicia para reflexionar sobre los recorridos de la historia social desde su conformación como un campo de investigación con

¹ Kocka Jürgen, “Looses, gains and opportunities: Social History today”, en: *Journal of Social History, Special Issue: The Futures of Social History*, Volumen 37, Fall 2003, pp.21

² Hunt Lynn (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, California, 1989.

³ Kocka Jürgen, “Looses, gains and...cit, p.22

identidad propia y, fundamentalmente, para interrogarnos sobre el futuro de la historia social, *más allá* del impacto del *giro cultural* de las últimas décadas.

La Historia Social orientada a las Ciencias Sociales

La historia social adquirió predicamento en el paisaje historiográfico a partir los años '50 como *una historia socio-científica*. En efecto, el movimiento hacia lo social fue impulsado por la influencia de dos paradigmas dominantes: por un lado, la escuela de los *Annales* y por el otro el marxismo. La primera, la escuela francesa, enfatizaba los enfoques holistas, funcionales y estructurales para comprender la sociedad como un organismo total e integrado.

Por su parte, aunque el marxismo no era nuevo, en los años 1950 y 1960, un grupo de historiadores marxistas más jóvenes promovieron el interés por la historia social y comenzaron a publicar libros y artículos sobre “la historia desde abajo”, incluyendo los canónicos estudios de George Rudé sobre la multitud parisina, de Albert Soboul sobre los *sansculottes* y de E. P. Thompson sobre la clase obrera inglesa.⁴

Por otra parte, además de la historia económica y de la demografía histórica, la historia social pertenecía a aquellas sub-disciplinas que ofrecieron muchas oportunidades para la aplicación de teorías y conceptos de las ciencias sociales y métodos analíticos. Fue en la historia de la desigualdad social, de la movilidad social, de la migración y de los conflictos que se pudieron recabar y analizar sistemáticamente datos en masa, utilizando métodos estadísticos avanzados, conceptos claramente definidos, modelos sofisticados y procedimientos rigurosos para probarlos.⁵

Los impulsos de las ciencias sociales vecinas desempeñaron un papel significativo en la construcción de estas historias sociales masivas. De esta manera, en las décadas de los '60 y '70, la historia socio-científica era un campo de experimento, entusiasmo e innovación que pretendía elevar las normas de exactitud de la disciplina, renunciando, según la exhortación de Simiand, a la inmensa indeterminación de su objeto de saber.

En una palabra, la historia entendida como ciencia social, proporcionaba un conjunto de herramientas analíticas, preguntas sobre la organización y función social y una serie de métodos definidos que daban importancia a la investigación sistemática.

Como consecuencia de ello, en los años 1960 y 1970, la historia social victoriosa tenía dos proyectos básicos. El primero era aplicar el paradigma estructuralista, abiertamente reconocido o implícito en la práctica, al estudio de las sociedades antiguas o contemporáneas.

⁴ Hunt Lynn (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, California, 1989, p.2

⁵ Kocka Jürgen, “Looses, gains and...cit, p.22

La tarea del historiador era identificar las estructuras y las relaciones que operaban independientemente de las percepciones e intenciones de los individuos, para gobernar los mecanismos económicos, organizar relaciones sociales y engendrar formas de discurso. En el segundo proyecto, la historia fue sujeta a los procedimientos de números y series; fue inscrita dentro de un paradigma de conocimiento que Carlos Ginzburg, en un famoso artículo, designó “galileano”. Esto implicó la cuantificación de los fenómenos, la construcción de datos seriados y el uso de las técnicas estadísticas para trazar una formulación rigurosa de las relaciones estructurales que fueran el verdadero objeto de la historia. Los historiadores supusieron que el mundo social estaba “escrito en un lenguaje matemático” y se dispusieron a establecer sus leyes.

Los efectos de tal revolución dual en la historia – la estructuralista y la galileana– fueron vastos. Gracias a ella, la disciplina de la historia dejó de ser un polvo de acontecimientos y un simple inventario de casos individuales y hechos únicos.

Al mismo tiempo, la historia se liberó de la “idea altamente exigua de lo real”, para usar la expresión de Michel de Foucault, porque consideró los sistemas de relaciones que organizan el mundo social tan “reales” como las cosas materiales, físicas y corpóreas captadas en la inmediatez de la experiencia de los sentidos.

La historia social se había convertido en un concepto central del revisionismo historiográfico de aquellas décadas, pues, además de acercarse a la ciencias sociales y abandonar los métodos tradicionales de la comprensión hermenéutica individualizadora, se dedicó a analizar prioritariamente algunos fenómenos sociales de amplio calado, la naturaleza de las grandes estructuras y el devenir de los macro-procesos sociales y todo ello bajo una actitud de simpatía de los historiadores con los intereses de las clases populares y con los objetivos de los movimientos sociales así como con la denuncia de la desigualdad social y las injusticias.

El giro cultural en la Historia Social:

Pero a partir de la década del 70, esta historia socio-científica desnudó sus deficiencias explicativas y si bien no desapareció totalmente, el atractivo por este tipo de investigación disminuyó ostensiblemente y se convirtió en una especialización estrecha en la que los historiadores estaban poco interesados. La desilusión creció con la proporción asimétrica entre los esfuerzos invertidos y los resultados y los historiadores se plantearon otros tipos de preguntas que no podían ser respondidas por la cuantificación, los métodos analíticos y el

rigor científico. Por otra parte, al describir las tendencias conductistas de los grupos sociales y al poner énfasis en la conducta normativa, a menudo en abstracciones de números y gráficos, los historiadores sociales se habían desplazado más allá de un paradigma político dominado por la elite, pero habían ignorado tanto la singularidad de la experiencia individual como las maneras en que se crea la vida social a través de la política y la cultura. Y su apego a las categorías grupales y a las explicaciones estructurales sociales había comenzado a entorpecer a la historia como exploración de la experiencia contingente.⁶

En ese clima revisionista, los modelos de explicación que contribuyeron más significativamente al surgimiento de la historia social, sufrieron un cambio sustancial en el enfoque como consecuencia del impacto del denominado *giro cultural* en las ciencias sociales y humanas.

El planteo de nuevos interrogantes es el resultado de cambios contextuales más globales- económicos, políticos, sociales, intelectuales y culturales-, aún cuando la proliferación de preguntas despierte tanto controversia como nostalgia.

Los previos años sesenta habían sido años de optimismo, de esperanza motivada por la consolidación de las victorias sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y por la implantación de las ideas liberal - democráticas en Occidente así como por la experimentación de un desarrollo económico y científico sin precedentes.

Todo ello pareció tambalearse a finales de los sesenta y en los setenta y las revoluciones estudiantiles de París y Berkeley constituyeron un síntoma inequívoco de ello. Estas propuestas implicaban un rechazo a la cultura establecida y una nueva generación cuestionaba los ideales de la modernidad, la Ilustración y el racionalismo recibido por sus antecesores. Prácticamente no hubo certezas que no fueran puestas en discusión. Se discutía sobre el sujeto y aparecían las mujeres, se impugnaba la legitimación del Estado y se radicalizaban las formas de hacer política, se rechazaba la sociedad burguesa y se reclamaba la subversión de la vida cotidiana y, en fin, se repensaba el modelo de cultura occidental.⁷

Ese clima intelectual cambió profundamente también el conjunto de predisposiciones que influían indirectamente en el estudio de la historia. El rígido estructuralismo, dejó paso a una desintegración del saber y a la pérdida de confianza en los grandes sistemas de pensamiento.

La popularidad en descenso de las explicaciones socio-económicas del cambio histórico y también el interés creciente en la cultura y las interpretaciones culturales tanto del presente

⁶Fass Paula S., "Cultural History/ Social History: some reflections on a continuing dialogue", en: *Journal of Social History, Special Issue: The Futures of Social History*, Volumen 37, Fall 2003, p.39.

⁷ Serna Justo y Pons Anaclet, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, 2005, p.72

como del pasado son partes de este cambio. Además, los historiadores se volvieron más escépticos sobre la posibilidad de captar estructuras y procesos más amplios y de usarlos para explicar las acciones, las biografías y los acontecimientos.

Estos virajes quedaron patentizados en la doble revisión experimentada por las historiografías inglesa y annalista.

El cambio comenzó, con la introducción de E.P. Thompson de una noción de cultura en la historia laboral, el bastión de la historia social marxista, y la redefinición de Clifford Geertz de cultura en antropología, un movimiento que probó ser particularmente seductor para los historiadores. Los distintos cambios habían creado una conciencia y una sensibilidad hacia temas vinculados con la agencia, la subjetividad, la contingencia, y la construcción simbólica de la "realidad" social. Los historiadores marxistas británicos rechazaron los reduccionismos teóricos provenientes de las aplicaciones mecánicas del paradigma de base-superestructura y del marxismo estructuralista althusseriano, en favor de un sentido renovado de las complejidades y las contingencias de los procesos históricos y de la significación indeterminada de la agencia humana. Thompson rechazó explícitamente la metáfora de base / superestructura y se dedicó al estudio de lo que él llamaba "mediaciones culturales y morales."⁸ Y a través de las décadas de 1960 y 1970, la noción gramsciana de "hegemonía" sirvió para denotar el intento, por lo menos, en muchos trabajos de estudios culturales, por evitar los modelos reduccionistas de análisis y ponderar el sentido de la complejidad de la evolución social que sustituye a la linealidad de los planteos escolásticos.

Pero a principios de los 80, esos referentes pioneros y sus concepciones culturalista de la historia se vieron paulatinamente desplazados por la atención prestada al lenguaje, preocupación que será evidente en el modélico estudio de William Sewell sobre la formación del lenguaje, especialmente laboral en la Francia del siglo XIX y en la influyente obra de Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase*. En ambos trabajos, se promueve el viraje lingüístico, la atención preferencial al lenguaje como clave explicativa, al lenguaje y las prácticas discursivas como estructuradores de la realidad social. Desde estos presupuestos la clase se bate en retirada, y con ella los conflictos y las protestas sociales desaparecen y en su lugar emerge un tipo de historia atenta a los signos semiológicos, a la pluralidad de identidades y a la fragmentada naturaleza de los sujetos sociales.

Por otra parte, la otra expresión historiográfica por excelencia de la historia social de los '60; los Annales, vivió una experiencia similar, aunque bajo otras coordenadas.

⁸ Citado en Ellen Kay Trimberbger, "E. P. Thompson: entendimiento del proceso de la historia," en Theda Skocpol (ed) *Visión y método en la sociología histórica*, Cambridge, 1984, pág. 219.

Investigadores como Jacques Revel y Roger Chartier mostrarían claramente la nueva orientación centrada en el estudio de las de las prácticas culturales, algo en lo que sería evidente la influencia de Michel Foucault.⁹

El giro cultural en la historia social tomó forma en la década de 1980 como una crítica a la naturalización del mundo social plasmada en las historias socioeconómicas y demográficas. La objetividad de la escuela braudeliana es cuestionada. Por el contrario, se afirma que la vida social es una construcción de los individuos. De tal modo, los fenómenos no se observan exteriormente como un espectáculo que se desarrolla en una orientación irreversible y necesaria, sino que se establecen los motivos que orientan las estrategias individuales o colectivas que, a su vez, determinan la producción de los fenómenos y procesos históricos. Uno de los más importantes representantes de *la historia de cada día* de filiación alemana. Hans Medick, expresaba que la historia de lo cotidiano ponía en práctica un renovado enfoque hermenéutico que postulaba una comprensión desde el interior de las sociedades estudiadas, sin tratar de imponer un esquema interpretativo etnocéntrico rígido y atemporal. Aún sosteniendo la índole explicativa de las ciencias humanas, se comparte el rasgo inherentemente hermenéutico de las mismas.

El sentido de la flecha de la interpretación histórica cambió desde lo material hacia el reino del discurso, la cultura, y el lenguaje.

Por otra parte, la cultura va más allá de los límites que los historiadores sociales le habían otorgado e invadió e impregnó aún aquellas áreas previamente consideradas como exclusivo dominio de la objetividad gobernada por un mecanismo causal impersonal.

Bajo su influencia, los historiadores sociales se opusieron a lo que George Steinmetz llamó “la descontextualización fundacionalista”¹⁰ y sostuvieron que la cultura y las expresiones culturales, consideradas desde el punto de vista de su propia y especial dimensión interpretativa, no pueden ser descodificada simplemente como un sistema de normas, símbolos y valores que están presentes y dados, constante e invariables en todas las relaciones cotidianas y no cotidianas. Por el contrario, precisamente desde la perspectiva proveniente de la antropología social y cultural, la cultura y las expresiones culturales deben ser exploradas como un elemento y un medio de la activa construcción y representación de las experiencias y relaciones sociales y sus transformaciones. Los modos culturales y las formas de expresión están así presentes como un motor histórico, como un elemento que modela las expectativas,

⁹ Serna Justo y Pons Anaclet, *La historia cultural...cit*, p.173.

¹⁰ Grigor Suny Ronald, “Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?”, en *The American Historical Review*, december 2002, v.107, n° 5, p.21

los modos de acción y sus consecuencias en el hecho histórico y también operan como factores en la estructuración del mundo social de la clase, la autoridad, las relaciones económicas y su transformación histórica.¹¹

Como consecuencia de la adopción de este paradigma interpretativo, los historiadores sociales se volvieron menos interesados en establecer las causas y las condiciones y más interesados en reconstruir los significados de fenómenos pasados. Postulaban que las acciones no podían observarse del mismo modo que los objetos naturales. Sólo podían ser interpretadas por referencia a los motivos del actor, a sus intenciones o propósitos en el momento de llevar a cabo la acción. Identificar correctamente esos motivos e intenciones es entender el significado subjetivo que la acción tiene para el actor.

Una de las misiones de la ciencia social ‘interpretativa’ consiste en descubrir esos significados y, así, hacer inteligible la acción. Por otra parte, los historiadores sociales se concentraron en la exploración de las vidas de personas comunes, recuperando sus estrategias de libertad y elección. Cada vez más, buscaron lo que los antropólogos llamaron “experiencias liminales” y adoptaron la perspectiva postmoderna sobre la identidad como algo fluido y cambiante.¹² Asimismo, volvieron a las formas narrativas para transmitir la textura inesperada y compleja de la experiencia, y enfatizaron cómo la narración daba forma y significado a la experiencia.

Por otro lado, el giro constructivista, que se ha hecho sentir en las humanidades y en las ciencias sociales durante las últimas décadas, ayudó a que la historia social fuera más auto-reflexiva y sutil. En el curso de este cambio de paradigma, *la explicación* se ha vuelto menos obvia, menos evidente, menos deseable o menos manejable para muchos historiadores. Paralelamente, *la interpretación* ha recobrado el lugar central y el énfasis se sitúa en la *comprensión de las acciones humanas*. Una historia que se interroga por los significados y procura hallar una lógica de las motivaciones. Bajo la influencia de la perspectiva de Geertz, los historiadores sociales entendieron los significados no como algo enterrado en la profundidad de la mente, sino como una realidad visible externamente en prácticas públicas, rituales, y símbolos.

Los post-estructuralistas franceses facilitaron este proceso y la obra de Michel Foucault especialmente hizo que los paradigmas de la historia social parecieran limitados, mientras ponía en duda el lenguaje mismo y los supuestos detrás del análisis social. Al proponerse

¹¹ Medick Hans, “Missionaries in the Rowboat? Ethnological ways of knowing as a challenge to social history”, en: Ludtke Alf, *The history of everyday life. Reconstructing historical experiences and ways of life*, Princeton, Princeton University Press, 1995, 41 a 71

¹² Fass Paula S, “Cultural History/ Social History: some reflections...”, Op. cit., p. 39.

destruir los mitos epistemológicos de la ciencia social, Foucault asestó un golpe especialmente duro para la confianza en las categorías que los historiadores sociales usaban.¹³ El estudio de Natalie Davis sobre Martín Guerre, con sus ricas representaciones históricas de individuos, el enredo de la psicología humana y el reconocimiento de la incertidumbre histórica, captó bien esta atmósfera¹⁴

Como consecuencia de estos virajes, la historia social cambió. Los historiadores sociales aprendieron a analizar las relaciones diversas entre las diferentes dimensiones de la desigualdad social, especialmente la clase, el sexo y el origen étnico, y a relacionar las estructuras y los procesos con las percepciones y las acciones. El estudio de los intereses fue completado por el estudio de las experiencias.

Por otra parte, los historiadores sociales aprendieron a tomar seriamente el lenguaje. Actualmente están más conscientes del carácter “construido” de sus objetos, contruidos por los actos semánticos, sociales y políticos de sus contemporáneos, además de las categorías del investigador.¹⁵ Es decir, una vez que se destruyó la antigua confianza de los historiadores sociales y marxistas en la primacía de lo social, la cultura y el discurso aparecieron para ofrecer posiblemente formas más ricas de explicación.

Además, se volvieron más sensibles hacia la contextualización; en otras palabras, hacia la historicidad de todas las formaciones sociales. Es decir, pusieron una distancia crítica en relación a la aproximaciones macro-sociales que, según modalidades muy diversas y a menudo tácitamente, dominaron las investigaciones en historia y en ciencias sociales y revalorizaron los meso -y micro- niveles de interpretación y análisis. En este sentido, en el desarrollo de los estudios históricos en las dos últimas décadas, aparece con claridad que la mutación teórica más importante ha sido la erosión que ha sufrido el concepto de estructura social y, consecuentemente, el concepto de causalidad social.

El colapso de los paradigmas explicativos, produjo una variedad de corolarios. En primer lugar, los historiadores sociales cuestionaron profundamente las categorías sociales duras, fijas, esencialistas como clase, nación, género; lo que fundamentalmente se rechazaba era la visión que interpretaba estos conceptos como pseudo sujetos del proceso histórico y como entidades unitarias e internamente homogéneas, porque ello conducía a conclusiones esencialistas acerca del comportamiento de grupo. Se buscaba, por lo tanto, des-naturalizar -o al menos de des-banalizar- los mecanismos de agregación y de asociación.

¹³ *Ibíd*, p.41

¹⁴ *Ibíd*, p.40

¹⁵ Kocka Jürgen, “Looses, gains and...; *Op. cit*, p. 25.

Por el contrario, se proponía un entendimiento más radical de las identidades como algo fluido, múltiple, fragmentado. En esta perspectiva, la identidad social del individuo se transforma de un dato fijo y definitivo en un fenómeno plural, temporal, susceptible de adaptaciones en función de los contextos variables que lo envuelven.

Por otra parte, para esta historia socio- cultural, la riqueza, el bienestar material o el poder son motivaciones poderosas, pero propone que ellas sean siempre determinadas por la cultura y derivadas históricamente¹⁶. En esta perspectiva, las preguntas más interesantes para formular son precisamente cuáles son *los significados* que están ligados a dichos conceptos y bajo qué condiciones ellos obligan a las personas a actuar.

En síntesis, la historia social de las dos últimas décadas logró incorporar ingredientes de la historia cultural y política, analizar los fenómenos sociales como contruidos, combinar la estructura, la agencia y la percepción.

Todas estas fueron algunas de las innovaciones importantes que se pueden percibir en la historiográfica social en los albores del siglo XXI.

Muchas de ellas surgieron desde dentro de la historia social, pero en su mayoría provinieron de otras esferas de la vida intelectual y académica. En este sentido, los historiadores sociales desarrollaron nuevas alianzas con los antropólogos a los cuales generalmente se les requería, menos un repertorio teórico o metodológico, que un catálogo de objetos. Contra la unidad de método del momento historiográfico anterior, se reivindicaba la fecundidad de los enfoques y de los sistemas de aplicación plurales. Los historiadores sociales aprendieron a decodificar prácticas simbólicas y sus trabajos se volvieron más auto-reflexivos aunque no más analíticos.

En su ensayo *Los Conceptos de Cultura*, William H. Sewell, refiriéndose a “la revelación de la antropología”; expresaba: *“Yo experimenté el encuentro con la antropología cultural como un cambio desde un materialismo práctico, utilitario y empírico-que tenía fases liberales y también marxistas-hacia una apreciación más amplia de la gama de posibilidades humanas, tanto en el presente como en el pasado. Convencido de que había más en la vida que la incesante búsqueda de riqueza, status, y poder, sentí que la antropología cultural podía mostrarnos como obtener “mas”*¹⁷

Este giro cultural que afecta a la historia social es perceptible con diferentes matices de acuerdo a la recepción de las distintas vertientes de la renovación por parte de los

¹⁶ Grigor Suny Ronald, “Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?”; en *The American Historical Review*, december 2002, v.107, n° 5 , p. 22.

¹⁷ *Ibíd*, p. 28.

historiadores sociales. Sin pretender ahondar en esta compleja temática que excede los objetivos de esta contribución, creo necesario al menos delinear las diferentes influencias y su impacto en la historia social.

Con respecto a la escuela francesa, los miembros más jóvenes de los Annales, desencantados cada vez más con el paradigma de los niveles de experiencia histórica postulados por Braudel, adoptaron con entusiasmo la lectura cultural. Chartier sintetiza explícitamente este reacomodamiento de la causalidad: las representaciones del mundo social son los constituyentes de la realidad social; las relaciones económicas y sociales no son prioritarias ni determinantes de las culturales; ellas son campos de la práctica y producción cultural, que no pueden ser explicadas deductivamente por referencia a una dimensión extracultural de la experiencia.¹⁸

La historiografía social que hizo suyo el giro cultural, también fue impactada, como se afirmó, por la estrecha colaboración con la antropología que se exteriorizó en una producción, que, bajo la penetrante influencia de Geertz, puso el énfasis en describir la riqueza de significados presente en una situación social determinada y no en la búsqueda de regularidades empíricas.

Otra línea de análisis presente en esta historia socio-cultural fue la del sociólogo y antropólogo marxista francés Pierre Bourdieu quien reconstruyó el modelo marxista, con mayor atención a la cultura como un conjunto de prácticas que grupos sociales heterogéneos utilizan de diversos modos. Su obra apuntó al discernimiento de la “lógica específica” de los “bienes culturales” y en esta lógica, las maneras y los medios de apropiación de los objetos culturales son cruciales. A diferencia de Foucault -que subraya los efectos de un campo discursivo general- Bourdieu acentúa la importancia de los desniveles sociales en el manejo de la cultura y reafirma el vigor de la historiografía social.

Desde otro ángulo, Foucault, impactó en la producción social a través de su concepción de la cultura como tecnologías de poder. Como expresa Patricia O’Brien, para Foucault, el poder no es característica de una clase o de una élite gobernante, no se origina en la economía o en la política; el poder existe como una red infinitamente compleja de micropoderes, de relaciones de poder que penetran todos los aspectos de la vida social y ellas están entrelazadas con otro tipo de relaciones- de producción, de parentesco, familia, sexualidad - y pueden ser estudiadas a través de los discursos.¹⁹

¹⁸ Hunt Lynn (ed.), *The New Cultural History...*; Op. cit., p. 7.

¹⁹ O’Brien Patricia, “Michel Foucault’s History of Culture”, en: Hunt Lynn (ed.), *The New Cultural History...*; Op. cit., p. 36.

Finalmente, como se expresó en páginas previas, la introducción del giro cultural en el estudio de las sociedades pretéritas recuperó la importancia del poder estructurante del lenguaje. En este sentido, los historiadores, si bien coincidieron en la resignificación del lenguaje y de las prácticas discursivas, no acordaron en el alcance explicativo de los mismos. La gran mayoría de los historiadores sociales que pusieron y ponen el énfasis en los condicionantes culturales de las relaciones sociales, si bien sostuvieron que las condiciones materiales eran percibidas a través de las experiencias y disposiciones culturales y que la vida social solo existe en y a través de acciones simbólicamente mediadas, sus prácticas historiográficas ponen de manifiesto las permanentes interacciones entre los niveles sociales y culturales. Incluso continúan otorgando al contexto social una primacía causal en las explicaciones. Como Chartier expresa, las representaciones son matices que modelan las prácticas, a través del cual el mundo social es construido, pero tales matices incorporan las divisiones de la organización social. Ello significa que las visiones, divisiones y categorías organizativas de la vida social son el producto de una estructura de diferencias que es objetiva.²⁰

Por el contrario, las posiciones más radicales, bajo la influencia del giro lingüístico, han dado lugar a lo que Patrick Joyce ha denominado *Postsocial History*, que tiene la particularidad de argumentar por una nueva ontología social que involucra una ruptura sustancial con las prácticas precedentes en la escritura de la historia social.²¹ En efecto, la denominada *historia postsocial*, representada en el trabajo de historiadores como P. Joyce, Joan Scott y James Vernon, sostiene que la esfera social no es una entidad estructural y, por lo tanto, no existe una relación causal entre la posición social de los individuos y sus prácticas.

Mientras los historiadores socio-culturales afirman que las condiciones sociales solo devienen estructurales y comienzan a operar como un factor causal de la práctica una vez que han alcanzado cierta clase de *existencia significativa* y no meramente por su existencia material, los historiadores postsociales sostienen, por el contrario, que la serie de categorías a través de las cuales los individuos entienden y organizan la realidad social, no es un reflejo o expresión de esa realidad social, sino un *campo social específico* con su propia lógica histórica. Estas categorías constituyen una red compleja y relacional, cuya naturaleza no es ni objetiva ni subjetiva y cuyo origen es diferente de y externo a la realidad social y a la

²⁰ Cabrera Miguel A, “ On Language, Culture, and Social Action”, en: *History and Theory*, Theme Issue, diciembre del 2001,40, p. 83.

²¹ Rigby S.H, “History, Discourse, and the Postsocial Paradigm: A Revolution in Historiography?”. Review Essay of Cabrera Miguel A, *Postsocial History: An Introduction*, Lanham; Maryland, 2004, en: *History and Theory*, febrero del 2006, 45, p. 111.

conciencia humana; ellas no son meramente medios para transmitir los significados de la realidad, sino una activa parte en el proceso de constitución de esos significados. De allí se concluye que los discursos operan como principios estructurantes de las relaciones sociales e instituciones.

Por otra parte, si para la historia social el lenguaje es un medio de comunicación a través del cual los contextos y divisiones sociales son transformados en subjetividad y acción, para la *historia postsocial*, el lenguaje es una noción constitutiva o performativa que participa en la constitución de los significados de los contextos sociales. Como Joan W. Scott afirma, el lenguaje no es simplemente palabras, sino modos de pensar y entender cómo el mundo opera y cuál es nuestro lugar en él.²²

Desde esta óptica, la *experiencia* que la gente tiene de su mundo social -noción nodal de la historia social- no es algo que la gente experimenta, sino algo que significativamente construyen en el espacio de enunciación creado por la mediación discursiva.²³

Desde esta perspectiva, la pobreza, la exclusión, la marginalidad no derivan de una situación vivencial sino de la manera en que los sujetos sociales las articulan discursivamente; son construidas, no descubiertas en los tradicionales documentos escritos.

El nuevo giro social

Este viraje hacia una historia social interpretativa no ha estado exenta de críticas en los años más recientes, crítica que ha motivado un fructífero auto examen por parte de los historiadores sociales y, en no poco de ellos, una apelación a la necesidad de un nuevo giro social en la construcción del conocimiento histórico.

Es importante señalar que esta resistencia a “los intentos de disolución de lo social” no significa un regreso a los grandes paradigmas perdidos, sino la toma de conciencia por parte de los historiadores sociales que el alejarse generalizado de las categorías y fórmulas de la historia social también tuvo resultados menos beneficiosos. En otras palabras, implica ponderar que el impacto del giro cultural en la historiografía social conllevó también importantes costes en términos de la amplitud explicativa de los fenómenos sociales y el peligro de un nuevo reduccionismo e incluso nihilismo en la práctica concreta de los investigadores. Esta preocupación ha quedado patentizada en libros y revistas de la especialidad, entre ellos, el número monográfico dedicado a la situación de la historia social en el *Journal of Social History* del año 2003, en la obra de Lynn Hunt y Victoria E Bonnell,

²² Cabrera, Miguel A, “ On Lenguaje, Culture, and Social Action”, en: *History and Theory*,... Op. cit., p. 88.

²³ *Ibíd*, p. 91.

Beyond The Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture, un balance actualizado del estado de la disciplina 10 años después del diagnóstico realizado por Lynn Hunt en 1989 y en dos dossier, uno dedicado a la nueva historia cultural en México y el otro a comentar esta obra colectiva coordinada por Hunt y Bonnell, ambos publicados en *American Historical Review* en 1999 y 2002 respectivamente.

El interrogante que atraviesa, de una manera u otra, estos y otros balances sobre el estado de la historia socio cultural contemporánea, se refiere al futuro de la agenda de esta disciplina una vez que se ha demostrado que cada práctica, ya sea económica, intelectual, social o política, está culturalmente condicionada. Interrogante que incluye, una problemática crucial para la identidad de la historia social: ¿puede esta perspectiva de historia social estar desprovista de toda premisa teórica acerca de la relación de la cultura con el mundo social?

Actualmente, los mismos historiadores sociales han comenzado a reflexionar críticamente sobre la situación de su campo de estudio, reflexión localizada - aunque no exclusivamente- en tres aspectos centrales estrechamente relacionados: la multiplicidad de temas y la ausencia de una propia visión de conjunto coherente y unificante, los peligros inherentes a la autonomización de lo cultural y las limitaciones inherentes a la adopción de una epistemología exclusivamente subjetiva en las investigaciones histórico- sociales.

Con respecto al primer aspecto, el intento de historias sociales generales de áreas claves se quedó a mitad de camino, en parte debido a la ampliación y especialización de los temas, y en parte, como consecuencia del impacto del giro cultural. Sólo unos pocos historiadores intentaron recientemente el enfoque de los “grandes cambios” o conectaron las investigaciones de diversas dimensiones con un núcleo intelectual fuerte que permitiera superar las historias micro-sectoriales sin visión de conjunto, como un medio de dar cuenta de los momentos decisivos básicos de la historia social.

Por el contrario, hubo una abundancia de estilos y métodos que parecían no obedecer a ninguna regla más que los caminos únicos de la mente individual del historiador. Por otra parte, esta perspectiva socio-cultural, en su esfuerzo por concentrarse en los márgenes de la sociedad como una manera para deconstruir el centro, ha reducido la importancia del centro. Es decir, las conexiones se han vuelto poco claras, en vez de volverse decisivas a través del detalle histórico eficaz. Por otra parte, el giro culturalista en algunas producciones de historia social, lleva con frecuencia a privilegiar partes excéntricas de las evidencias, examinadas

cuidadosa e intensivamente, pero no se advierte el mismo énfasis en cómo el desempeño cultural está conectado a la sociedad.²⁴

Las otras dos debilidades a que han dado lugar algunas *formas de hacer* historia social con exclusiva y excluyente impronta culturalista conciernen, por un lado, a la legitimidad empírica de sus interpretaciones y por otra, a la autonomización de lo cultural en la dilucidación de las relaciones sociales.

Con respecto a las objeciones epistemológicas, las mismas apuntan a la dificultad de ofrecer respuestas empíricas a las preguntas formuladas. Concretamente, se cuestiona que esta manera de hacer historia social se refiere a gente que no ha dejado documentos escritos de primera mano sobre sus propias vidas. Los practicantes de esta historia luchan por entender cómo el poder y el significado fueron expresados en forma cotidiana: cómo la hegemonía fue construida, combatida y reconstruida a través del discurso y los ritos; cómo los grupos subalternos expresaron una visión alternativa de la nación y cómo la gente común, percibía, se adecuaba y resistía el capitalismo, la formación del estado-nación, los procesos de modernización, urbanización e industrialización. Muchos de estos temas son cuestiones interesantes. Sin embargo no es claro cómo reconstruir ese conocimiento, dado que la evidencia documental solo habla oblicuamente de estos temas. El historiador debe, por lo tanto, “leer” los cuerpos de evidencia tradicional a contrapelo con miras a convencer que lo que ellos argumentan son significados sutiles, ingeniosos y matizados, que son decodificados a la luz de los métodos adoptados por los estudios literarios y culturales. El problema es que la interpretación de la evidencia leída a contrapelo es ambigua. Eric Van Young es claro con respecto a este problema, al afirmar que los historiadores culturales están planteándose cuestiones de los antropólogos sin tener acceso a las herramientas de los antropólogos. Como él correctamente ha señalado, los etnógrafos reentrevistan a sus informantes, completan los detalles factuales o discuten en profundidad el significado simbólico de los rituales o discursos. Los historiadores no tienen esa opción. Ellos deben basarse solamente en lo que ellos pueden recobrar de los registros documentales fragmentados y tales registros o documentación tratan mayoritariamente con temas institucionales, no mentales o simbólicos.²⁵

El otro aspecto más importante en la crítica de la historia socio-cultural es el peligro de la autonomización de la cultura con el riesgo de convertir a la historia social en una confusión de subjetividades y voces, perdiendo la historia que está detrás de las palabras y para evitar la

²⁴ Fass Paula S, “Cultural History/ Social History: some reflections...”, cit, p. 43

²⁵ Haber Stephen, “Anything goes: Mexico’s New Cultural history”, en *The American Historical Review*, 79: 2, may de 1999.

autonomización de lo cultural es necesario relacionar el sistema de las obras culturales con el sistema de relaciones sociales en el cual se produce y funciona.

Es en ese clima de autocrítica profesional que se perfila la necesidad de un *nuevo giro social* que posibilite superar las limitaciones señaladas, y por ende, un *reviva* de la historia social aunque en una forma profundamente reestructurada.

Plantearse el problema de un *new social turn* implica preguntarse hacia donde se dirigirá ahora el estudio de la sociedad, después de la incorporación del giro cultural, del giro lingüístico y del giro constructivista en la investigación de las formaciones sociales pretéritas.

En esta encrucijada identitaria, me detendré en algunos desafíos que no pretenden ser los únicos posibles; ellos simplemente iluminan una perspectiva propia que pretende resignificar algunos intereses preculturales que posibiliten una perspectiva integrada e interconectada, preservando al mismo tiempo los aportes interpretativos del giro cultural.

Beyond the Cultural Turn, como se denomina el sugestivo libro de Bonnell y Hunt, es en parte un retorno, pero *un retorno crítico* en el sentido que recoge los aportes de prácticas historiográficas precedentes y rechaza perspectivas ortodoxas o reduccionistas de explicación de los fenómenos y procesos sociales; en este caso, la recuperación del potencial cognitivo de los significados, las ideas e incluso las acciones y, paralelamente, el cuestionamiento a toda nueva forma de idealismo que intente hipostasiar la cultura como aquello que todo lo recubre y todo lo determina. En este sentido, frente al reduccionismo cultural de algunas producciones sociales en boga, - especialmente las asociadas a posiciones extremas del giro lingüístico y de la crítica literaria- se hace necesario que los historiadores sociales vuelvan a relacionar sus temas con estructuras y procesos económicos, sociales y políticos más amplios, con los modos de producción y distribución, con las necesidades básicas de las personas y las limitaciones impuestas por la escasez.

La afirmación de que las acciones humanas tienen significado implica bastante más que una referencia a las intenciones conscientes de los individuos; requiere también que se entienda el contexto social dentro del cual adquieren sentido tales intenciones, es decir no implica bajo ningún concepto minimizar o ignorar por completo el lado material, estructural, "objetivo" de los fenómenos sociales.

Enfrentados con la creciente "balcanización," es decir, fragmentación de la disciplina y de las reconstrucciones históricas, se hace necesario revalorizar la capacidad explicativa del contexto.

Resulta paradójico que en las dos últimas décadas, las grandes preguntas sociales y económicas hayan sido opacadas y que muchos historiadores sociales se muestren

extrañamente distantes del mundo económico, en una época en que el capitalismo está completando victoriosamente su extensión mundial, las relaciones económicas mundiales están siendo radicalmente reestructuradas, la desigualdad social se ha incrementado en todos los países y un nuevo sistema económico mundial basado en el neoliberalismo penetra las dimensiones más íntimas de nuestras vidas.

Por otra parte, hemos criticado la cientificidad de la historia social antes de explotar sus posibilidades meticulosamente en ciertas áreas. Contar ciertamente no es todo, pero abandonar la cuantificación totalmente significa una involución en el desarrollo disciplinar. Más aún, sin las evidencias desarrolladas por historiadores sociales que examinan grandes franjas de datos, el caso individual culturalmente resonante no puede hacerse históricamente significativo. Es más, como afirma Stearns, a veces los temas convocantes de la historia social varían demasiado rápido; una de las tareas del futuro es retornar a los intereses previos que requieren una explicación más completa o una actualización a la luz de los más recientes desarrollos o necesidades sociales.²⁶ Esta aceleración de los tiempos historiográficos y su dependencia de la lógica de las innovaciones, parece una constante de la práctica histórica en nuestro país, en desmedro de la densidad y profundidad del conocimiento del pasado. El deslizamiento del paradigma explicativo al paradigma interpretativo, de las causas a los significados, no debe excluir los intentos hacia las explicación causales, que siempre han sido y continúan siendo importantes en la historia social, si tenemos presente, que el rechazo a todas las formas de individualismo metodológico estricto es uno de los más caros signos de su identidad. Lo contrario implicaría perder de vista que los historiadores sociales no están fundamentalmente interesados en biografías individuales y acontecimientos específicos, sino más bien en fenómenos colectivos. De allí que la principal empresa intelectual y cognitiva involucrada en este nuevo giro social es precisamente volver a reconstruir lo social, la no aceptación que el pasado pueda entenderse solamente como un contexto de percepciones, experiencias, discursos, acciones y significados, ignorando el contexto social en el cual se conforman.

Necesitamos avanzar hacia una nueva síntesis social post-cultural más amplia, no sólo para tratar un problema endémico, sino también para responder al particularismo adicional y casi inherente del giro cultural. Para ello es necesario retornar a algunos de los intereses de la visión más general que se desvanecieron durante el giro cultural. Es decir, recuperar, por ejemplo, el arsenal explicativo del concepto de clase, concibiéndola no como una

²⁶ Stearns Peter., "Social History Present and Future", en *Journal of Social History, Special Issue: The Futures of Social History*, Volumen 37, Fall 2003.

objetivación, como una entidad natural, a la manera de las corrientes estructuralistas, sino como algo real, producto de un proceso histórico permanente de construcción, mediado por objetivaciones y subjetivaciones.

El regreso hacia lo material y lo social es evidente en los recientes trabajos de Sewell, notablemente en un ensayo acerca de Geertz donde él recupera la materialidad de la ubicación de la simbolización por parte del antropólogo en la evolución de la mente humana: *"Si Geertz tiene razón como yo realmente creo, los sistemas semióticos no son espirituales ni fantasmales ni imaginarios; ellos son tan parte de la vida de nuestras especies como la respiración, la digestión o la reproducción. Esto sugiere que los materialistas deberían dejar de preocuparse y amar la simbolización."*²⁷.

Este retorno crítico a lo social, no implica, insisto, desandar el recorrido del giro cultural en el estudio de los fenómenos sociales sino, más fructíferamente, considerar a la cultura como una *categoría de la vida social* distinta, pero relacionada con la economía, la sociedad y la política. La cultura no es simplemente derivada de otras esferas, como podría ocurrir en los enfoques más objetivos, ni tampoco es reducible a causas materiales u otras no culturales, ni el problema de los significados se limita a los procesos estrictamente culturales o lingüísticos. Más fructíferamente, se puede considerar a la cultura como un sistema de símbolos que poseen una coherencia real pero delgada que continuamente se pone en riesgo en la práctica y por lo tanto está sujeta a transformaciones.²⁸ La cultura, como la sociedad, es un campo de juego con sus límites y sus armonías internas menos aparentes, en el cual actores y grupos compiten por posición y poder; concretamente por el control de los significados. La cultura no es un objeto para ser descripto, ni es un cuerpo unificado de símbolos y significados que pueden ser definitivamente interpretados. La cultura es diversa, temporal y emergente.

Este nuevo giro social que busca la salvaguarda de la identidad de la historia social, rechaza la autonomización de lo cultural y afirma que la cultura es profundamente comprometida con la historización. La comprensión viene con la contextualización cultural, espacial y temporal. El empuje deconstructivo del cambio cultural, no necesita conducirnos hacia un mundo completamente indeterminado, sin ninguna coherencia ni solidaridades temporales de ninguna clase, como es el caso de los Cultural Studies que horizontalizan todas las relaciones, desmontando jerarquías y aniquilando sistemas de dominación.

Los historiadores deberían ser receptivos hacia el nuevo cambio cultural sin abrazar, sin embargo, los argumentos relativistas o anti-positivistas más extremos de los antropólogos o

²⁷ Grigor Suny Ronald, "Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn..."; Op. cit., p. 31.

²⁸ Ibíd, Op. cit., p. 22.

críticos literarios.²⁹ Es decir para evitar el peligro de la autonomización de la cultura y una falsa *romantización del pasado*, las interpretaciones culturales, no deben ser divorciadas de lo que la gente realiza y de lo que le es impuesto por la fuerza. Los estudios históricos culturales deben siempre incluir un análisis de las circunstancias de vida, trabajo y autoridad bajo las cuales las personas actúan y elaboran sus interpretaciones.

Reitero, todo lo afirmado no significa el regreso a los grandes paradigmas perdidos. Cuando afirmamos que lo cultural es indisoluble de lo social nos referimos a los intentos de eliminación de lo social que es insinuado por las formas más radicales de culturalismo y pos estructuralismo, del mismo modo que cuando nos referimos a un nuevo giro social, no buscamos regresar a los paradigmas objetivos sino afirmar que todas las culturas poseen una dimensión material y todo lo material realizado por los seres humanos tiene una dimensión cultural. Lo que propicia este retorno crítico a lo social es la superación de los dualismos que predominan en las ciencias sociales e históricas en particular; las dicotomías que han contrapuesto los factores objetivos, materiales, estructurales o institucionales a los subjetivos, culturales, simbólicos y emocionales. Si la categoría *sentido y significado* ha tomado una nueva dirección, lo es como un sentido producido, el cual es generado a través del juego recíproco, pero al mismo tiempo asimétrico, de las relaciones sociales. La asignación de significados y la propia interpretación cultural es necesaria y posible solamente dentro del proceso social en que son constituidos sobre la base de la clase, con contradicciones y en cada evento complejo y multifacético. De ello se desprende, no solo que los significados son producidos socialmente sino, que de la misma manera, las relaciones sociales y económicas son producidas en la esfera cultural de significado. Como afirma Raymond Williams, la cultura es producto y producción de un modo de vida determinado³⁰

Con respecto a los postulados de la denominada *postsocial history*, si bien la gran mayoría de los historiadores sociales están lejos de defender un modelo de conocimiento histórico como representación del pasado a través de una relación de inmediatez con el discurso del documento o la primacía exclusiva y excluyente de las estructuras objetivas, estas negaciones no implican reconocer la autonomía de los espacios discursivos en la construcción de lo social, porque los espacios discursivos son socialmente producidos. El lenguaje es una actividad que se desarrolla en la historia, una práctica material en el interior del proceso social donde los sujetos forman sus conciencias.

²⁹ Brantlinger Patrick, A Response to *Beyond the Cultural Turn*, en *The American Historical Review*, december 2002, v.107, n° 5, p. 15.

³⁰ Cevalco, María Elisa, *Para leer a Raymond Williams*. Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Desde esta perspectiva, la propuesta de un nuevo giro social aparece como una instancia superadora al incorporar los avances significativos del denominado giro cultural en los estudios sociales, sin oscurecer, la conexión necesaria de cultura y acción, de sistema y práctica. El verdadero lugar de la cultura se encuentra en las interacciones de individuos específicos y, desde el lado subjetivo, en el mundo de significados que cada uno de esos individuos puede inconscientemente abstraer para sí mismo a partir de su participación en estas interacciones³¹. El desafío es combinar interpretación y explicación

Este nuevo giro social aboga también por un cambio desde lo microhistórico hacia lo comparativo, llamando inclusive a superar el marco nacional como unidad de análisis. En este sentido, el historiador alemán Kocka afirma que las metáforas programáticas se expresan en “historias conectadas”, “historias enredadas”, “historia cruzada”, “historia entrelazada,” para enfoques que tratan de ser transnacionales.³² Hay una apelación creciente en la historia social contemporánea a reconstruir las interrelaciones, las influencias mutuas, las interconexiones y los cruces de fronteras, preocupaciones exteriorizadas en las investigaciones sociales sobre los itinerarios, las migraciones, el crecimiento económico y las crisis de las ciudades, la cultura popular, los movimientos sociales, las redes y las dinámicas de recepción, apropiación y cambios resultantes de las interrelaciones.

Hasta ahora parece más fácil aplicar este enfoque al estudio histórico de las percepciones e influencias mutuas, las culturas y las ideas, que a las estructuras y los procesos sociales. Sin embargo, las recientes experiencias de internacionalización y la búsqueda creciente de enfoques transnacionales en el pensamiento, la investigación y la literatura histórica hicieron que los historiadores sociales comenzaran a enfrentarse a nuevos desafíos y oportunidades. La comparación puede ser una excelente manera de trascender los límites de las fronteras nacionales. Por una variedad de razones y en una variedad de maneras, los historiadores están reconsiderando sus marcos geográficos, con resultados que dan una nueva importancia a la comparación y a la habilidad para pensar en términos de conexiones globales o al menos interregionales. Sin embargo, todavía estamos lejos de que su práctica se convierta en un protocolo de experiencia generalizable.

Finalmente, desde el punto de vista estrictamente metodológico, el nuevo giro social reivindica la necesidad de una clara definición del problema central, porque comprender la experiencia social requiere primero la identificación de los actores sociales cuyas experiencias

³¹ Sapir, Edward *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture, and Personality*, David Mandelbaum, (ed.), Berkeley, California, 1949, p.515, citado en Handler Richard, “Cultural Theory in History Today”, en *The American Historical Review*, december 2002, v.107, n° 5.

³² Kocka Jürgen, “Looses, gains and...; Op. cit., p. 27.

no son uniformes, sino que varían de acuerdo a la posición social. En este sentido, al volver a introducir los individuos, los métodos histórico-culturales remedian el problema filosófico creado por la historia social, pero no los problemas empíricos implicados. Sin la apelación a la reconstrucciones de los contextos históricos realizadas por historiadores sociales, el caso individual culturalmente resonante no puede hacerse históricamente significativo.

La reconstrucción pormenorizada de *los rostros de los excluidos* del proceso de modernización de principios del siglo XX constituye un micro- análisis vivencial que exige una sistemática descentralización del análisis y de la interpretación a través de una cuidadosa construcción de los microfenómenos históricos. Si bien la reconstrucción pormenorizada permite *especificar y enriquecer* la comprensión de los procesos estructurales del cambio social, ella solo adquiere relevancia histórica en el marco de la definición de un núcleo intelectual fuerte como es el proceso de modernización y en el tejido de evidencias cuantitativas y cualitativas recogidas sobre una amplia gama de problemas sociales, económicos, políticos y culturales, entre otros, las características del crecimiento económico, los desajustes sociales, las manifestaciones de la cuestión social, la lenta consolidación de las capacidades institucionales del estado, las concepciones sobre la pobreza y la beneficencia y las culturas asistenciales imperantes.

En este sentido, el alcance de este nuevo giro social es claramente precisado por Paula Fass en su artículo referido a la relación entre Historia social e Historia cultural, al expresar: *A medida que la cultura se define en términos de inmensas fuerzas no diferenciadas o se representa por el “caso ejemplar” individual, a los historiadores culturales hoy les vendría bien las tracerías más finas, creadas por las categorías sociales aplicadas con una mano hábil y mantenidas históricamente receptivas, que los buenos historiadores sociales pudieron proporcionar en el pasado... También puede ser un buen momento para hacerles acordar a los historiadores culturales que la constante moda personal, que se da por sentado en las sociedades modernas a medida que cambiamos nuestra ropa, nuestros entretenimientos, nuestros amantes e incluso nuestros cuerpos, puede no haber estado tan al alcance para la mayoría de las personas en el pasado, cuyas vidas estaban restringidas por distintas circunstancias. Esto no significa que no hubieron márgenes para la elección, o contextos excepcionales aún en el pasado cuando las identidades eran fluidas, o que algunos grupos tales como los inmigrantes y las actrices no se dedicasen a la modificación personal. Sí significa que las excepciones no pueden sustituir eficazmente al hecho de estudiar una*

experiencia más general, o al menos al hecho de demostrar cómo la experiencia puede generalizarse. ³³

A modo de cierre

A pesar de estos sinuosos recorridos, la historia social se ha expandido y continúa ampliando nuestro conocimiento sobre las sociedades pasadas y sus transformaciones en una variedad de maneras.

La apelación a lo social no es un regreso a los primigenios paradigmas hegemónicos de los '60, porque no existe ningún regreso metodológico hacia "lo social" que no sea también "cultural". Lo que actualmente está en cuestionamiento y revisión es la ortodoxia de los conversos.

Frente a la insuficiencia de cualquier tipo de reduccionismo en el campo socio- histórico, es conveniente que volvamos a familiarizarnos con las grandes preguntas concernientes con tendencias globales, los marcos, las estrategias y las evidencias con los que los historiadores sociales formulan interrogantes y organizan sus investigaciones para evitar la separación entre cultura y vida social.

Los historiadores sociales están mostrando una considerable resistencia a las ortodoxias explicativas, tal como se deriva de la lectura de los libros y artículos de los historiadores profesionales. Incluso en algunas áreas, donde ha habido un número de profesionales más receptivos a las concepciones de la historia postsocial del lenguaje y del discurso, como es el caso de los estudios de la mujer, de las minorías étnicas, de los olvidados y de la vida cotidiana, sin embargo, la vasta expansión historiográfica de estas dimensiones sociales ha sido, en su inspiración original, independiente de los postulados del posmodernismo. Además, este modo de bordaje exclusivamente discursivo de las realidades sociales constituye un fenómeno minoritario por ser intrínsecamente contrario a la comprensión y experiencia de la investigación histórica.³⁴

Más preocupante para el futuro de la historia social, es la fragmentación de la disciplina en un número creciente de áreas extremadamente especializadas, cuyos resultados minuciosos permanecen sin ser integrados en una visión más comprensiva de las sociedades pasadas. De allí que el desafío mayor de los estudios socio-históricos contemporáneos sea la necesidad de

³³ Fass Paula S, "Cultural History/ Social History: some reflections...", Op. cit., p. 44.

³⁴ Perez Zagorín; "History, the referent and narrative: reflections on postmodernism now", en *Theory and History*, febrero de 1999, vol.38, number 1, p. 9.

investigaciones de más largo alcance con perspectivas integradoras que posibiliten síntesis creativas sobre las complejidades de las sociedades y culturas y sus interacciones.

Creo que el momento favorece una síntesis que evite todas las formas de reduccionismo y de reificación, sea económico, cultural o lingüístico, una síntesis que no pierda de vista la articulación entre micro y microfísica del poder, una síntesis que reconozca que la subjetividad humana es al mismo tiempo constituida por y constituyente de realidades sociales. En otras palabras, creo necesario volver a pensar la tarea historiográfica como Marc Bloch hace tiempo la concibió y la practicó; es decir, como equidistante entre el debate narración documental y narratividad del historiador.

BIBLIOGRAFIA

Brantlinger Patrick, A Response to *Beyond the Cultural Turn*. en: *The American Historical Review*, december 2002.

Bonnell V.y Hunt (eds.), *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture* Berkeley, California, 1999.

Burke Peter *Formas de historia cultural*, Madrid, 1999.

Cabrera M. A “La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial”, *Ayer*, 51 (2003), pp. 201-224.

Cabrera Miguel A, “On Language, Culture, and Social Action”, en: *History and Theory*, Theme Issue, diciembre del 2001, número 40

Cevasco María Elisa, *Para leer a Raymond Williams*. Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Hunt, L. (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, California, 1989´.

Aram Veaser, H. *The New Historicism*, Londres, 1989.

Chartier R. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992.

_____ De la historia de la cultura a la historia cultural de lo social, en: *Historia Social*, 17 (1993), pp. 97-103.

_____ Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétude, París, 1998

Fass Paula S, “Cultural History/ Social History: some reflections on a continying dialogue”, en: *Journal of Social History, Special Issue: The Futures of Social History*, Volumen 37, Fall 2003.

Grigor Suny Ronald, “Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?”, en *The American Historical Review*, december 2002.

Haber Stephen, “Anything goes: Mexico’s New Cultural history”, en *The American Historical Review*, 79: 2, may de 1999.

Handler Richard, “Cultural Theory in History Today”, en *The American Historical Review*, december 2002

Kocka Jürgen, “Looses, gains and opportunities: Social History Today, en *Journal of Social History, Special Issue: The Futures of Social History*, Volumen 37, Fall 2003.

McDonald T.J (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, Michigan, 1996.

Lepetit Bernard (dir.), *Les formes de l’experience. Une autre histoire sociale*, París.1995.

- McMillam James F., *Social History, "New Cultural History" and the rediscovery of Politics: Some recent work on Modern France*, en: *The Journal of Modern History*, vol. 66, Nº 4, december 1994.
- Medick Hans, "Missionaries in the Rowboat? Ethnological ways of knowing as a challenge to social history", en: Ludtke Alf, *The history of everyday life. Reconstructing historical experiences and ways of life*, Princeton, Princeton University Press, 1995.
- Olábarri I y F.J. Caspistegui (dir.), *La "Nueva" Historia Cultural: La influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinaridad*, Madrid, 1996.
- Revel Jacques, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de Historia social*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2005.
- Rigby S.H, "History, Discourse, and the Postsocial Paradigm: A Revolution in Historiography?". Review Essay of Cabrera Miguel A, *Postsocial History: An Introduction*, Lanham; Maryland, 2004, en: *History and Theory*. Febrero del 2006, número 45.
- Serna Justo y Pons Anaclet, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, 2005.
- Sirinelli (dir.), *Para una historia cultural*, Ed. Taurus, México, 1999.
- Skocpol Theda (ed), *Visión y método en la sociología histórica*, Cambridge, 1984.
- Socolow Susan : "Putting the "cult" in Culture", en *The American Historical Review*, 79:2, may de 1999.
- Stearns Peter., "Social History Present and Future", en *Journal of Social History, Special Issue: The Futures of Social History*, Volumen 37, Fall 2003.
- Van Young Eric, "The new cultural history comes to old Mexico; en: *The American Historical Review* 79: 2 may de 1999.
- Vázquez de Prada H. y otros, *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy. El auge de la historia cultural*, Pamplona, 1998.
- Viotti Da Costa Emilia, "Nuevos públicos, nuevas políticas, nuevas historias. Del reduccionismo económico al reduccionismo cultural: En busca de la dialéctica", en *Entrepasados*. Revista de Historia, nº 16, 1999.

